

AUGUSTO MONTERROSO



de moscas, perros, jirafas o simples aspirantes a escritores. ¿Qué he hecho para que mis dos o tres lectores supongan que pretendo ser intelectual y que he dedicado mi vida a burlarme de ellos, de los demás, cuando en realidad lo que me producen es una profunda simpatía y los amo? . . . Pero insisto: la mayoría de las veces la compasión, la ternura, son pudorosas. De ahí que en muchas ocasiones prefieras reírte, o hacer como que ríes en vez de adoptar la actitud mesiánica de un personaje de Dostoyevski e hincarte ante tu vecino y pedirle perdón por quererlo tanto."

Es una auténtica rareza que un autor que le declara a Elda Peralta que cree en el socialismo como el experimento más convincente de organización humana, jamás cite ninguna de esas abrumadoras novelas de la selva, del desierto, de las minas, esa opresiva y espesa maleza telúrica que los dogmáticos cultivaron durante muchos años, considerándola como la única solución para los males de nuestra literatura, de la América Latina y de la humanidad entera. Nadie cree hoy en día que la literatura pueda salvar al mundo (¡y menos que nada ese tipo de literatura!), pero escribir en 1949 un ensayo de deslumbramiento ante Borges es ya correr un riesgo considerable. No sólo el hecho de preconizar su admiración por un escritor estigmatizado y por toda una serie de autores antiguos y modernos que no querían apoyarse en recursos ajenos a la literatura, sino, sobre todo, el hecho de escribir cuen-

tos carentes de aquella densa carga telúrica, me parece un rasgo de indudable valor, un desafío a concepciones hasta hace poco profundamente arraigadas.

Otro rasgo característico de la obra de Monterroso: la absoluta libertad con la que acata reglas severas y precisas. En varias de las entrevistas alude a la necesidad de escritor de someterse a cánones estrictos, de conocer y estudiar las reglas y crearlas en el caso de que no existieran. Sabe que sin la forma no hay literatura posible. Sin embargo, a través de esas normas, y seguramente gracias a ellas, Monterroso ha inventado obras de una radiante libertad. Ha creado un género donde diversas formas tienen cabida y coexisten entre sí. *Movimiento perpetuo*, un libro admirable, fue su primera incursión en estos experimentos. Cuentos, ensayos, moscas, apuntes literarios o de intención política conviven y forman una unidad perfecta.

Todo esto, y mucho más, le confiere un carácter excepcional a la literatura de este notable escritor y la diferencia de la del resto que se escribe en nuestra lengua. ◇

Augusto Monterroso. *Viaje al centro de la fábula*. Ediciones Era, México, 1989.

LA SOLEDAD DE LOS MORIBUNDOS

ENIGMAS DE LA DIVINIDAD

Gilda Waldman

Puedo asegurar que he dedicado mi vida a realizar el bien, y sin mentiros, oh dioses eternos y bienamados, puedo pronunciar mi elogio, porque he sido el mejor entre los mejores.

Él ha sido pesado en la balanza. Su corazón es justo porque su peso no es mayor que el de una pluma.

El libro de los muertos

Toda cultura es una respuesta a los enigmas de la divinidad y la muerte. En el primer caso, el hombre se enfrenta al misterio de aquella fuerza irreductible a lo humano, inexplicable en su grandiosidad, y a la cual él dirige las angustiadas preguntas en torno a su propia existencia y su posible devenir. En el segundo caso, el hombre —único ser viviente que tiene conciencia de la muerte— se enfrenta a la

evidencia de la finitud de su vida y al terror de la disolución en lo desconocido. Negándose a aceptar la muerte como fin, el hombre la ha negado, la ha desafiado, o ha creado imágenes de vidas posteriores en un más allá. Ambos enigmas —por lo general estrechamente relacionados a lo largo de la historia— han generado mitologías, modelado una determinada actitud hacia la vida y definido una cierta relación con el Universo.

La nuestra es una época paradójica. Por una parte, el grito nietzscheano de "¡Dios ha muerto!" se ha enseñoreado en nuestras mentes y corazones. El vacío de Dios es vivido como un ateísmo sustentado en los dogmas de la razón o como una inmisericorde angustia sin respuesta a la siempre problemática existencia humana. El hombre moderno se ha emancipado de la creencia en poderes superiores a él. Al destronar a Dios, ha querido asumir Su papel, otorgándole a la ciencia la fuerza de la divinidad. Por otra parte, la muerte ha perdido también, para el hombre moderno, su esencia trágica y misteriosa. Ella se ha convertido, a través de la televisión, en huésped hogareño cotidiano; su planificación científica, cada vez más sofisticada, ha disuelto la sensibilidad que hacia ella mantenía la conciencia occidental. La nuestra, una sociedad cada vez más amenazada, banaliza y trivializa a la muerte. En nuestra incapacidad para mirar al futuro, también ella es olvidada.

Es este problema, es decir, cómo enfrenta la moderna sociedad occidental el problema de la muerte, el tema del espléndido ensayo de Norbert Elías, *La soledad de los moribundos*.

Norbert Elías escribe desde el ocaso de una larga vida dedicada a comprender a la sociedad moderna. Autor de textos fundamentales en este sentido (*La sociedad cortesana*, *El proceso civilizatorio*), el tema de la actitud de la sociedad moderna hacia la muerte se vuelve el hilo conductor de su análisis histórico, a la vez que el pretexto perfecto para desplegar el escenario de lo que es, en esencia, esta sociedad. El análisis de Elías tiene un doble eje. Por una parte, inscribe el problema de la visión moderna de la muerte en un proceso histórico de largo alcance comenzado en Occidente hace cuatrocientos o quinientos años, y que él ha denominado "el proceso civilizatorio", en el curso del cual "todos los aspectos elementales, animales, de la vida humana. . . se ven cercados por reglas sociales, y al mismo tiempo, por reglas de la conciencia. De acuerdo a las reglas de poder imperantes en

cada caso, se cubren estos aspectos con sentimientos de vergüenza o de embarazo, y algunas veces, en especial dentro del marco del gran empuje de la civilización europea, se esconden detrás de las bambalinas de la vida social, o por lo menos se excluyen de la vida social pública" (pág. 19). En esta dirección camina, según Elías, la transformación del comportamiento del hombre con respecto a la muerte. En este sentido, en la sociedad moderna, a diferencia de lo que ocurría en la sociedad medieval, la muerte es "reprimida", "escondida" como si fuese un acontecimiento desligado de la realidad de la vida, "ocultada" a los ojos de los vivos, incapacitados, a su vez, para expresar sus sentimientos con respecto a ella. La secularización disuelve la fuerza de los rituales y nulifica el aura de misterio de los hechos trascendentes de la existencia. Por otra parte, Elías ubica el problema de la muerte dentro del gran marco en el que se desenvuelve la sociedad moderna: la soledad. Así, la muerte en soledad es la correspondencia perfecta con la vida en soledad. Ciencia, terapia, asepsia, —preocupación de los especialistas— pueden prolongar la vida. Pero el moribundo, afirma Elías, agoniza solo, lejos de los suyos, carente de afecto y privado de significado para otros seres humanos.

El ensayo de Elías —terrible y hermoso— es mucho más que un recorrido histórico en torno al tema de la muerte en Occidente. Es la recreación cultural de un

mundo, de un universo simbólico y de una experiencia humana. Su interés reside en saber cómo fueron las cosas, por qué, y por qué han llegado a ser lo que son. Aunque pretende no emitir juicios de valor, haciendo justicia tanto al hombre del Medioevo como al hombre moderno, subyace en Elías un fuerte tono de crítica con respecto a nuestra sociedad. El ángulo de ésta reside en la perspectiva misma del análisis: la marginalidad, casi total, del moribundo, traducida en su exclusión física y social. En este sentido, Elías arremete en contra de la deshumanización moderna, envuelta tras las redes de la privacidad, la individualización, la racionalidad y el control y la seguridad de la existencia. El texto de Elías implica, al mismo tiempo, una nueva propuesta cultural: ligar los vínculos de los hombres entre sí con el conocimiento científico, y restablecer los lazos sensibles entre vivos y moribundos en el marco de la terapia médica. "Quizá —concluye Elías— no sea del todo superfluo decir que el cuidado de los órganos de las personas se antepone a veces al cuidado de las personas mismas."

Nuestra cultura ha dado su propias respuestas al misterio de la divinidad y la muerte. Ha prolongado la vida, mitigado el dolor, disminuido las enfermedades, iluminado la noche con los esplendores del día, extendido el alcance de la visión del hombre, aniquilado las distancias y conquistado las estrellas. Pero las preguntas insondables en torno a los enigmas de lo

oscuro y lo sagrado no son ahora sino nostalgia, metáforas cristalizadas en el horizonte de un universo en el que, como señalaba el poeta William Butler Yeats:

Las cosas se desmoronan;
el centro no puede resistir;
la anarquía pura se ha desatado sobre el mundo;
el flujo turbio de sangre se ha desatado,
y en todas partes es ahogado el ritual de la inocencia. . .
Estamos encerrados y la llave echada
sobre nuestra incertidumbre. ♦

Norbert Elías. *La soledad de los moribundos*, Fondo de Cultura Económica, 1987.

LAS NOVELAS EN EL QUIJOTE

NARRAR ES CRUZAR HISTORIAS

Alberto Paredes

Borges es citado puntualmente por Hernán Lara Zavala en el estudio (que fuera tesis de maestría) que hace sobre las novelas y relatos intercalados en *El Quijote*. Es el Borges cervantista al que acude este minucioso lector de la pléthora de lecciones literarias y humanistas contenidas por la locura novelada de Alonso Quijano. Pero en el caso de Lara Zavala, como en el de Borges, se da la enriquecedora presencia dual del escritor en tanto estudioso y en tanto creador de relatos.

Oficios intercalados, pues la vida cruza sus historias. Recordemos que el Borges cuentista dijo en su primer y encubierto libro de relatos que ha dado en el *abuso* "de algunos procedimientos"; consigna tres *abusos* y uno de ellos importa ahora: "la reducción de la vida entera de un hombre a dos o tres escenas". Tal es un dogma de hecho para los cuentistas modernos, su forma narrativa exige la entronización de instantes definitivos. Y bien, Lara Zavala nos ha entregado ya dos libros de relatos que acatan la norma. Eso no es inusual. Lo sugerente empieza cuando paramos mientes en que ese procedimiento se consolida gracias a que intercala sus historias. En *De Zitelchén* la figu-

AVISO A LOS LECTORES

Por un lamentable error, dos de las fotografías que ilustran el artículo "La luz es un obstáculo" de Jaime Moreno Villarreal, aparecido en el número de junio de *Universidad de México* aparecieron impresas *al revés*. Al autor de la obra gráfica fotografiada, Adrián Bellon, y a todos nuestros lectores, nuestras más sinceras disculpas.

